

«para ella absolutamente santo el objeto que sigue, no tiene escrúpulo alguno en invocar á favor de su tesis malos argumentos cuando no producen efecto los buenos.» ¡Si esta prueba no es sólida, lo son tantas otras!... ¡Si no es real tal prodigio, lo han sido tantos otros!... Persuadidos de buena «de Lázaro y sus hermanas de que Jesús era taumaturgo, *puieron auxiliarse* en la ejecución de uno de estos milagros (1); á la manera que han tratado de triunfar de la obstinación de los hombres por medios cuya insuficiencia conocían, tantos hombres piadosos, convencidos de la verdad de su «religion...» (2) En cuanto á Jesús, no era dueño, como no lo fué S. Bernardo, ni S. Francisco de Asís, de moderar la ansiedad de la multitud y de «sus propios discípulos, por lo maravilloso. Por otra parte, dentro de breves días iba á volverle la muerte su libertad divina, arrancándole de las fatales necesidades en que le ponía un papel que cada día era más comprometido y más difícil de sostener (3).»

Así pues, lectores, cuya fé en el Evangelio es aun vacilante, ahora tenéis ocasión de pronunciaros. Para que no se haya verificado el milagro de la resurrección de Lázaro (y por este milagro podeis apreciar todos los demás milagros evangélicos), es preciso admitir que acontecieron las cosas como acabais de ver. Leed esa página del Evangelio; á ello os convido y debéis hacerlo; volved á leer despues la de M. Renan y elegid. Sin duda fué despues de haber leído una de estas páginas de M. Renan, cuando debió esclamar M. Delecluze, en su buen sentido práctico: «Lo contrario debe ser lo cierto.»

Despues de haber dicho M. Renan, al principio de su explicación, que *habia perdido algo de su limpidez la conciencia de Jesús*, para prepararnos á verle cómplice de impostura, le hace representar sin embargo, un papel inconsciente. Pero al decir al fin para escusarle, que no era dueño de moderar la ansiedad de la multitud por lo maravilloso, le acusa manifiestamente de haberse prestado á ella.

Aquí se alza el escollo en que debía venir á estrellarse el autor de la *Vida de Jesús*: la imputación de impostura á Jesús. ¡De qué precauciones, de qué insinuaciones, de qué evasivas no ha tenido que valerse para amortiguar el choque! Pero esto solo le sirve para aparecer más culpable, haciendo ver que conoce perfectamente su mal proceder, sin tener la franqueza de confesarlo, practicando él mismo el fraude que atribuye á su héroe; y más aun, profesándolo. Antes de llegar á este punto, trata de dar primeramente muchas explicaciones.

La primera es la de presentar á Jesús como el primer incauto, víctima y juguete de la credulidad de que eran objeto sus milagros. «Para él lo

(1) ¡Admírese el raciocinio! Siendo Jesús para ellos un verdadero taumaturgo, debió ser auxiliado para hacer el milagro, porque el *puieron auxiliarse* supone que *debieron auxiliarse*.

(2) Véase por esto que M. Renan es maestro en el arte de enseñar el fraude piadoso y de escusarlo.

(3) *Vida de Jesús*, p. 359-363.

«maravilloso era lo excepcional; era el estado normal (1). Ninguna idea de «las leyes de la naturaleza demarcaba los límites de lo imposible en su entendimiento ni en el de sus oyentes. Para él no habia sobrenatural, porque no habia naturaleza (2). No tenia la menor idea de un orden natural «regulado por leyes. En aquel tiempo se tenia la facultad de hacer milagros por una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres y en «que nada habia que sorprendiese (3).»

Ya se comprenderá cuán insostenible es esta primera explicación, cuando se vé precisamente en cada página del Evangelio, la *sorpresa*, ó más bien, el estupor de toda la Judea, en vista de las maravillas obradas por JESUCRISTO:—*STUPEBANT omnes turbæ et dicebant: Numquid hic est Filius David?* (4)—*Conturbati sunt omnes, et plus magis intra se STUPEBANT.—Stupebant autem omnes in magnitudine Dei* (5).—*Porro omnes MIRATI SUNT, dicentes: Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei?* etc. (6)—En cuanto al mismo Jesús, obraba estas maravillas con una serenidad divina, es cierto, «porque para él no era lo maravilloso lo excepcional, sino el estado «normal.» Tiene razón M. Renan en decirlo. ¡Pero esto era así porque «no demarcara el límite de lo imposible ninguna idea en su entendimiento «ni en el de sus oyentes,» ó más bien porque él era el señor de estas leyes, y porque esta misma imposibilidad de relajarlas que tenia cualquiera otro que él ó á quien él no hubiera dado potestad para ello, era la gran señal de su divinidad y la condenación de los que no la reconocían? A esto responden todos estos pasajes en que apela Jesús á sus milagros, como al gran signo de su misión. *Porque el Padre mostrara en mi obras mayores que estas, tanto que os admirareis.* Porque así como el Padre resucita á los muertos, así también el Hijo da vida á los que quiere (7). *Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tendrían el pecado que tienen* (8). ¿Y no dice el mismo M. Renan que la curación de los enfermos era uno de los signos del reino de Dios, de estos grandes signos de que decía el Salvador: *Id y anunciad lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos, y son evangelizados los pobres* (9). Jesús creía, pues, hacer verdaderos milagros.

No era pues, sostenible esta primera explicación.

M. Renan arriesga otra segunda: tal es la exaltación, la locura, la extravagancia: «Admitiríamos, sin vacilación, dice, que han ocupado un gran lugar en la vida de Jesús, actos que actualmente se considerarían como de

(1) *Vida de Jesús*, p. 41.

(2) *Ibid*, p. 245-246.

(3) *Ibid*, p. 257.

(4) Math., XII, 24.

(5) Marc., VI, 51.

(6) Luc., IX, 44.

(7) Juan, V, 20.

(8) Juan, XV, 24.

(9) Lucas, VII, 27.



«ilusión y de locura (1). Las cosas mas bellas del mundo se han verificado en estado de calentura, y toda creacion eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana (2).»

Esta segunda explicacion y la anterior se destruyen recíprocamente. Es claro, en efecto, que si era lo maravilloso para Jesus un estado *normal* y si pasaba la facultad de hacer milagros como una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y que no tenia nada que sorprendiera, no necesitaba Jesus ponerse en un estado *anormal*, ni imaginarse que tenia el poder de hacer milagros; ó que si para creerse con este poder, se veia obligado á llegar hasta la extravagancia, era por ser el milagro una cosa muy extraordinaria para él, así como para sus oyentes. No necesito añadir que el Evangelio en que aparece el Hijo de Dios siempre con la serenidad tanto mayor, cuanto mas grandes cosas opera, no deja escusa alguna á M. Renan, de haber tenido que ocurrir á esta explicacion de la locura, sobre la que volveremos á tratar mas ampliamente.

Para evitar M. Renan este escollo, arriesga otra tercera explicacion, á saber: «que á falta de toda ciencia médica en esta época, es muchas veces un remedio decisivo la presencia de un hombre superior, que trata al enfermo con dulzura, dándole por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su restablecimiento. ¿Quién se atreveria á decir que en muchos casos, y exceptuando las lesiones enteramente caracterizadas, no equivale á los recursos de la farmacia el contacto de una persona predilecta? El solo placer de verla, sana. Una sonrisa, una esperanza que dé, no es á veces en vano (3).»

No me atreveré á decir lo contrario, pero sí que esto no se parece en nada á lo que nos presenta el Evangelio, á saber: que ven los ciegos, que andan los cojos, que son curados los leprosos, que oyen los sordos y resucitan los muertos. Esto es lo que jamas hará el contacto de una persona predilecta.

Era pues, preciso llegar á la sola y única explicacion, de la que nada puede preservar al que no dobla la rodilla ante Cristo, la impostura.

«Seria faltar al buen método histórico, dice M. Renan, decidido á arrostrarlo todo, atender demasiado aquí á nuestras repugnancias, y para sustraernos á las objeciones que podria intentarse suscitar contra el carácter de Jesus, suprimir hechos, que á los ojos de sus contemporáneos fueron «colocados en primer término.»

M. Renan, y es necesario agradecersele, porque en él es bastante raro, presenta aqui francamente la cuestion. La certidumbre de los hechos evangélicos, que la incredulidad moderna [porque la antigua la reconocia], ha negado ó eludido tan tenazmente, está averiguada. Quiero decir, que es cierto que cuantos hechos maravillosos se refieren del Salvador, se han realizado por él y pasaron á la vista de sus contemporáneos como milagros reales.

(1) *Vida de Jesus*, p. 266.

(2) *Idem*, p. 453.

(3) *Vida de Jesus*, p. 260.

«Seria cómodo, añade M. Renan, dirigiéndose á M. Havet y á toda su «escuela, decir que estos hechos fueron añadidos por discípulos inferiores á «su maestro, quienes, no pudiendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzarle con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores «de la Vida de Jesus están unánimes en elogiar sus milagros..... Admitiremos, pues, sin vacilar, que tales actos que actualmente se consideran como «efecto de ilusión, han tenido un gran lugar en la Vida de Jesus (1).»

No consiste en esto ya la cuestion.

Toda ella está en saber á qué carácter de Jesucristo, en el supuesto de no ser Dios, deben referirse sus milagros.

Ya hemos visto que, ni la explicacion sacada de la credulidad propia de Jesus y de sus contemporáneos sobre el estado normal del milagro; ni la inferida del estado anormal de exaltacion y de locura de Jesus; ni en fin, la deducida del contacto de su persona privilegiada, podian resolver la dificultad.

Queda, pues, la última explicacion, única salida que tiene la incredulidad; la que debe despreciar como impostor al que no quiere adorar como Dios.

M. Renan no vacila en cortar así la dificultad. Pero ¿testimonio admirable de la verdad en tamaño ultraje! porque solo corta así la dificultad en Jesus, arrojándose sobre la conciencia humana, con la negacion de sus mas imprescriptibles leyes, con la apologia de la impostura.

Por este medio hace reproducirse en toda su fuerza aquel invencible argumento en que vendrá á encallar toda incredulidad y que ha sido formulado por un gran crítico de esta suerte:

«En mi concepto, es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó llegar á la consecuencia absurda, ya que no inconcebible, de que «Cristo era un bribon y sus discípulos unos embusteros ó unos tontos, á quienes él engañó.»

Este parecer es de un hombre que verificó una revolucion en la ciencia histórica, con el feliz arrojado de sus investigaciones, el célebre Nieburh (2). El mismo amor á la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inalterable de los orígenes del cristianismo, y del gran hecho de los milagros que es su primer fundamento.

Este argumento es admirable en cuanto que atrae á sí á la incredulidad de sus mil fugas, viéndose acorralada y como bloqueada en él, segun lo demuestra hoy M. Renan, cual jamas lo demostró nadie.

Y en efecto:

El mundo físico se diferencia del mundo moral, en cuanto que las leyes del mundo físico son constantes en sí mismas, pero no necesarias, y que en su consecuencia, es posible el milagro que las deroga: mientras que las leyes del mundo moral son, no solamente constantes, sino tambien necesari-

(1) *Vida de Jesus*, p. 286.

(2) Véase la *Revista británica* de Diciembre de 1840.



rias y absolutas é imposible toda excepcion respecto de estas leyes. La resurreccion de un muerto no implica contradiccion con el poder que ha creado la vida; al contrario; al paso que la mentira implica contradiccion con la verdad y con la conciencia. Cuanto mas nos elevamos á la Potestad que revelan las leyes de la naturaleza física, mas posible aparece el milagro; mas nos elevamos á la Justicia que revelan las leyes de la naturaleza moral, mas aparece como imposible su compatibilidad con la mentira. El que se juzga con mas poder para relajar las leyes físicas, Dios, es el que se concibe con menos poder para relajar las leyes morales.

No es, pues, posible dudar, en el caso de tener por una parte leyes físicas y por la otra leyes morales, y que sea absolutamente necesario decidirse entre la inviolabilidad de las unas y de las otras; porque en tal caso, la inviolabilidad de las leyes morales, impulsa á reconocer la derogacion de las leyes físicas; el milagro.

La creencia del milagro descansa, por tanto, en la conciencia misma; ella la tiene por garante.

Así se verifica respecto de JESUCRISTO y sus milagros.

Sus milagros son posibles y son históricamente lo mas justificado que existe.

En él es imposible la inmoralidad; siendo él mismo el ideal moral.

Sus milagros son, pues, verdaderos como él mismo, como la conciencia humana en él.

No puede evitarse esta consecuencia sino es negando la identificacion de Jesus con el ideal moral y con la conciencia humana.

Pues bien, todo el mundo en el dia tributa á JESUCRISTO este homenaje.

Nuestro ideal moral nos viene del mismo JESUCRISTO, quien ha elevado la conciencia humana á una altura que jamas conoció antes de él; y es el único que la sostiene en ella.

«La moral evangélica, dice M. Renan, es la «creacion mas elevada que haya salido de la conciencia humana, el código «mas bello de la vida perfecta que haya trazado jamas moralista alguno (1).

«Y Jesus permanece siendo para la humanidad, un principio inagotable de renacimientos morales (2).»

Jesucristo ha llegado á ser nuestra conciencia, la cual no es solamente humana, sino cristiana. Y con esto ha justificado magníficamente lo que se dijo de él, que era la luz que ilumina á todo el que viene á este mundo; y lo que dijo de sí mismo: *Yo soy el Principio: yo soy la Verdad:*

Su moral, que se autorizó en un principio con sus milagros, nos responde hoy de ello.

Rousseau trataba de esta hermosa verdad, haciendo un círculo vicioso: así decia, los milagros hacen creer en la doctrina, y la doctrina hace creer en los milagros. No hay duda, á la manera que el ave lleva sus alas, y que

(1) *Vida de Jesus*, p. 84.

(2) *Ibid.*, pág. 451.

sus alas la llevan á ella (1). Y ademas, no ha habido completa simultaneidad en esta reciproca garantía de los milagros y de la moral de JESUCRISTO. Los milagros han comenzado atestiguando la doctrina, cuando parecia aun locura al judío y escándalo al gentil. La Cruz ha pasado del Calvario al Capitolio á fuerza de milagros, hasta que llegue á ser su triunfo mismo el gran milagro. Desde entonces se manifestó mas y mas al alma regenerada la belleza moral del carácter de JESUCRISTO, y se hizo admitir de tal suerte, que en el dia es ella la que sostiene la fé en los milagros que la sostuvieron en un principio.

Y en efecto, hállase tan identificada en el dia esa belleza moral del carácter de JESUCRISTO con la ley moral, con la conciencia cristiana, que no se puede negar, ni blasfemar de ella, sin negar esta ley moral, ni blasfemar de la conciencia misma.

¿Quién hubiera jamas imaginado probar esto en hipótesis, como acaba de hacerlo realmente M. Renan?

Pero M. Renan no ha podido atacar el carácter de JESUCRISTO, sino pasando por encima de la honradez misma, sino es hollando con los pies los primeros principios de la verdad moral. Les ha hecho doblegarse, mas bien que los ha opuesto á JESUCRISTO. Ha profesado «altamente que hay muchos modos de medir la sinceridad....»

Pero de esta suerte ha ido, como hemos dicho, á chocar contra la conciencia, la cual se ha revuelto y protestado contra este ultraje, devolviéndoselo. Todo el mundo lo ha reprobado, no habiéndole seguido ni M. Scherer ni el mismo M. Havet; y como ha dicho muy juiciosamente M. Sainte-Beuve: «No ha procedido en esto á satisfaccion de nadie, ni aun de sí mismo.»

Y no obstante, si la conciencia humana y cristiana es inviolable, el carácter de JESUCRISTO, que es su principio regenerador, lo es inevitablemente. Y si es inviolable el carácter de JESUCRISTO, si no puede aproximarse á él sospecha alguna de impostura, ha operado sus milagros en la plena verdad y sinceridad de este carácter, y son por lo tanto verdaderos.

(1) Una sutileza análoga del ministro Claudio, hizo perder los estribos á la rectitud de Bossuet por un momento, en la célebre conferencia que produjo la conversión de Mlle. de Duras. En este momento fué cuando su hermosa alma, mas preocupada de la salvacion de Mlle. Duras, que con la humillacion de su grande ingenio por una derrota, dijo *in petto* el famoso *Ave Maria* que le obtuvo, por mediacion de la Madre del Verbo, esta hermosa respuesta: «No se nos tache en círculo vicioso. La Iglesia nos hace creer en la Escritura, la Escritura nos hace creer en la Iglesia. Esto es verdad de una y otra parte bajo diversos conceptos. «La Iglesia y la Escritura se han hecho de tal modo una para la otra, y se acomodan ó ajustan tan perfectamente una á otra, que se sostienen entre sí, como las piedras de una bóveda y de un edificio se sostienen mutuamente. Todo está lleno en la naturaleza de ejemplos semejantes. Yo llevo el baston en que me apoyo; la carne junta y cubre los huesos que la sostienen, y todo se ayuda ó auxilia mutuamente en el universo.»



Son, pues, verdaderos los milagros evangélicos, según la conciencia humana, y

### JESUCRISTO ES DIOS.

Esta conclusion es tan imperiosa, que no deja otro partido á M. Scherer y á M. Havet mismo, que el de someterse á ella.

Ya he dicho, que no habiendo querido estos críticos seguir la suerte peligrosa de M. Renan, quedaban prisioneros de la verdad.

En cuanto á M. Havet, esto es difícil, porque siempre se evade su *libre pensamiento*, negando la evidencia y dispensándose de probar nada. Sin embargo, reconoce que: "Si es Juan, el fiel compañero Jesus, quien refirió el cuarto Evangelio (y esto se halla reconocido por todo el mundo, hasta por Strauss), *no hay ya que dudar* que pasase en Bethania una escena como aquella (la resurreccion de Lázaro). Por tanto, ó es necesario reconocer el milagro (cosa á que jamas podrá resolverse M. Renan), ó es necesario suponer un fraude piadoso, y no sé qué ilusion que quiso causarse á los espectadores. De dónde se deduce la singular doctrina que permite al profeta mentir (p. 253 de la *Vida de Jesus*) casi del mismo modo que lo permite Platon á los gefes de los pueblos, y que supone que en efecto mintió Jesus, alterando así una figura por otra parte tan constantemente ideal «en todo el libro (1).» *No hay, pues, ya que dudar* de la resurreccion de Lázaro, si es San Juan el autor del cuarto Evangelio; y esto solo es cuestion para M. Havet.

En cuanto á M. Scherer, es mas explicita su mision. Comienza siguiendo á M. Renan en su pesada teoría de la *sinceridad de muchas medidas*, y despues de cometer esta falta voluntaria, preguntan si se debe extender esta teoría al fundador del Cristianismo, contesta perfectamente: "No vacilo en negarlo," y aduce las razones deducidas del carácter de JESUCRISTO que le hacen "*rechazar absolutamente*" el parecer de M. Renan sobre este punto.

Pero entonces, continúa, vuelve á presentarse la cuestion de los milagros. Y para salir de ella, se arroja en una distincion trabajosamente elaborada entre los milagros grandes y los pequeños, atribuyendo estos arbitrariamente á la leyenda, y conservando aquellos como propios de la historia evangélica, y recurriendo aun, para explicarlos, á una potestad indefinida que no existe, y que se desarrollaba en otro tiempo á favor de ciertas condiciones fisiológicas, bajo el imperio de una vida religiosa intensa, en que predominaba el sentimiento sobre la reflexion, etc., etc. Y todo esto para terminar rindiéndose de esta suerte: "*Estamos, pues, reducidos á admitir el milagro bajo la fé del testimonio histórico.*" No ignoro que el testimonio es un apoyo muy débil tratándose de hechos puestos así fuera de toda experiencia personal; por otra parte, sin embargo, son aquí los testigos demasiado numerosos, sobrados signos de fé, están demasiado unánimes para que se pueda desechar su declaracion por simples consideraciones *a priori* (2)." por la caridad

(1) *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de Agosto de 1863, p. 595.

(2) Periódico *El Tiempo* del 28 de Julio de 1863.

## CAPITULO IX.

# LA PERSONA DE JESUCRISTO.

Hemos llegado ya al corazon de la Verdad; á su persona, á la adorable persona de Nuestro Señor y Salvador JESUCRISTO, Hijo de Dios y Dios mismo, Palabra de la Omnipotencia que hizo el mundo en su Amor, y que, en testimonio del mismo poder y del mismo amor, rehizo el universo. Quién, después de haberlo formado, como dice Platon, sobre la fé de las *antiguas tradiciones*, lo abandonó á su libertad y se retiró, como á un sitio de observacion; y habiéndose extraviado este mundo mas y mas hasta correr, al fin, el riesgo de destruirse enteramente, viéndole en este extremo, y no queriendo que acometido y disuelto por el desorden, se abismase en el espacio infinito de la desemejanza (1), volvió á sentarse en el timon, reparó lo que estaba alterado ó destruido, reformó y ordenó el mundo y lo libertó de la muerte. Propias palabras de Platon en la *Politica* (2), donde según nuestras profecias incontestablemente, trazaba así por anticipacion la historia del Cristianismo, y mostraba, en las tinieblas del paganismo, lo que no ven nuestros filósofos en la luz de la redencion.

En cuanto á nosotros, á quienes preservó Dios por su gracia de semejante ceguedad; nosotros, mundo redimido por el que lo formó, que adoramos en JESUCRISTO al Autor de nuestra existencia y de nuestra salvacion, permaneceríamos aniquilados en esta adoracion, si no vinieran su bondad y su gracia, velando su magestad y su poder, á librarnos del temor por medio del amor.

¡Qué bondad la que ha expuesto á nuestras blasfemias semejante magestad! ¡Qué gracia la que las reserva un perdon todavia! ¡Pero qué castigo no espera al que desprecia esta bondad y esta gracia!

Amice, dijo él á su discípulo apóstata *quid venisti?* Amigo, á quien yo recogí en mi seno, á quien hice confidente, discípulo familiar de mis misterios, y á quien alimenté con mi sangre, ¿con qué designio te llegas á mí y me señalas con ese beso, que te señala á tí mismo á la execracion del mundo? ¿Por qué esa hipócrita demostracion, esa páfida alabanza que oculta tantos odiosos ultrajes y sacrilegos desprecios?

M. Renan no ha cumplido su palabra, y un adversario mas franco de nuestra fé, se lo ha echado en cara justamente. El ha prometido que *llegará un dia en que acrecentándose la audacia de la critica con el buen éxito, se atreverá á atacar al Dios de lo pasado, y á mirar cara á cara á Aquel ante quien se han inclinado generaciones de adoradores.*"

(1) Expresion admirable, puesto, que el hombre fué formado á imagen y semejanza de Dios.

(2) Traduccion de Cousin, t. XI, p. 337.